

JOSE MARIA EGUREN (1874-1942)

Por Augusto Tamayo Vargas

(Artículo publicado el 7 de julio de 1974, en el centenario del nacimiento de José María Eguren).

Ahora que se cumplen cien años del nacimiento de uno de los más grandes poetas peruanos he querido al repasar por páginas escritas acerca de él sacar de ellas más la nota de emoción que la cita erudita, propia del libro y no del artículo periodístico. Hay que poner ante el público la figura de ese poeta y sentir a través de su personalidad una de las poesías más auténticamente originales en el siglo XX dentro de la literatura hispanoamericana.

En alguna ocasión recordábamos que por el año 1930 un grupo de escolares —Alberto Tauro, José Alvarado Sánchez, Ernesto Gastelumendi— nos decidimos a editar una revista literaria que llamaríamos *Prometeo*. Inquietamente buscamos entonces orientaciones y realizaciones literarias y, entre otras pistas, descubrimos la concurrencia a la *peña* que se formara en aquella época alrededor de Isajara en la Casa "Columbia", donde se reunían pintores, escritores y gente interesada en actividades culturales diversas. Allí estaba siempre José María Eguren. Venía a ser —sin que él lo pretendiera o lo quisiese— el centro de una atmósfera de

escritores y artistas, un poco ajenos al sordo drama que entonces se vivía en el Perú con el desmoronamiento de un régimen de satrapía política cuyo acabamiento saludamos gozosos, precisamente, desde las filas de nuestra revista juvenil. Los escolares de entonces nos enfrentábamos, así, a dos mundos: el de la dura experiencia de esos años de crisis y el del baño artístico en el salón de Isajara.

José María Eguren pintaba extrañas composiciones infantiles, se entretenía en minucias, portaba una cámara pequeña construída por él mismo para tomar no sé qué clase de fotografías minúsculas, caminaba como desvanecido, saltando de su fantasía siempre colmada de color al relato pormenorizado de sus enfermedades, de sus debilidades orgánicas. Era un hombrecito menudo, vivaz, de tono infantil, contrastado con la oscuridad de su indumentaria y su pequeño bigote negro, un tanto encanecido. Ya se ha dicho que tenía un ligero parecido con Chaplin —y eso se aprecia en el dibujo que sobre él hiciera Abraham Valdelomar—. Modesto y descuidado, su candorosidad asomaba tras el sombrero puesto en cualquier sentido sobre la cabeza, que proyectaba algún mechón de cabello hacia la frente. Hablaba rápidamente de sus amigos, de sus trabajos en pintura, que tanto le preocupaban entonces y de sus dolencias. La suya era una vida sencilla y simple, sin complicaciones, pero había en el fondo de los ojos una nota triste, grave, que se oponía a la ingenua expresión general.

Supimos atropellada e intensamente quién era y qué había sido José María Eguren. Averiguamos que escribía poesía y prosas cortas, desde 1899, y que había sido recibido con indiferencia en todos los círculos literarios durante mucho tiempo. Había publicado tres libros: *Simbólicas*, *La canción de las figuras* y una selección de *Poesías*. La resistencia de los escritores anteriores a él y del público por una rara y nueva poesía —que no tenía precedentes en nuestro medio— fue combatida solamente por hom-

bres menores que él que exaltaron el valor de su obra desde diversas tribunas —Valdelomar, Bustamante y Ballivián, José Carlos Mariátegui—. Un año antes de nuestro conocimiento se le había rendido significativo homenaje a través de la revista *Amauta*, feliz expresión de gente nueva, de revolucionarios en los campos social, literario y artístico. Eguren era el gran poeta que le quedaba al Perú cuando la sombra de Chocano decrecía entre los malabares de su fantasía ya gastada, cuando Valdelomar había muerto joven y cuando sólo se percibía que otro, ausente entonces del Perú, habría de completar con su nombre todo un telón de la poesía de habla hispana con su entraña humanísima y agónica: César Vallejo.

Eguren, bondadoso y deferente para los que nos improvisábamos en el periodismo literario, nos entregó un poema: "Canción Cubista". Ilustró el poema, primicia que ofrecimos en *Prometeo*, una fina composición que sobre el tema hiciera Isajara. Posteriormente Eguren nos ofrendó nueva colaboración, una prosa poética, un poema escrito en prosa: "Los caballos de Chagall".

El interés por Eguren fue creciendo en nosotros. Escribía en forma diferente a los poetas que habíamos leído hasta entonces, pasando de los clásicos a los románticos y de éstos a los parnasianos, simbolistas y modernistas. Discutían los críticos sobre si Eguren era o no simbolista. Para ello había que caminar por entre parnasianos y simbolistas y modernistas americanos para hallar en él algo de Mallarmé, pero indiscutiblemente nada de Baudelaire o de Verlaine. El había viajado desde el simbolismo, sus colores y su música, hacia viejas fortalezas medievales y susurraban a su oído las walkirias y danzaron figuras descabezadas, yelmos rotos, fantasmas creados por la fantasía de los villanos, viajes imposibles que contaban a la sombra rojiza de atardeceres cruzados de larga barba y de ojos perdidos en sus caminos interiores. Se juntaron todas estas visiones

y las asoció a las producidas por casa-haciendas de su infancia, por niñas muertas, por paisajes de valles que trepan a las cordilleras. En un correr alado de símbolos nació lo que Basadre llama la *poesía alegórica* de Eguren. Pero no alegoría a lo Clopinel, fantasía de *poemas a la rosa*, o a lo místico del Dante. No; ninguna de ellas; alegoría a lo José María Eguren con sueños y pesadillas infantiles, con personajes sonambulescos. Sus versos no siempre símbolos —aunque tenga una *lámpara azul* y sea un *peregrín, cazador de figuras*— ni el conjunto de sus versos llama a una deleitosa búsqueda de esencias líricas; resultan, muchas veces, directas y claras exposiciones de ensueños niños en que asoman transparentes las hadas madrinas, los caballos de madera, los reyes rojos, los payasos, las muñecas. Un tinte lúgubre lo cubre en otras ocasiones como si fuera el tono triste de una infancia insatisfecha. Un niño, se ha dicho, a quien atormenta la vida. En realidad, la existencia es dura y cruel para el poeta y él trasfiere esa rudeza a su mundo de personajes de cuento, entremezclado con lieder y nocturnos: “por las avenidas, de miedo cercadas, brilla en noche de azules oscuros la ronda de espadas”. La tristeza le ha nacido del fondo de las cosas: “Tristísima noche de nubes extrañas”. Y el niño, que sigue siendo Eguren, llora a ratos con la naturaleza: “los robles lloraban como dos niños”. La imaginación del infante es a veces exaltada por alguna impresión fuerte, atormentadora; otras lo lleva a la ternura lo oscuramente silencioso, muerte o marchitez, y suspira por la “blonda niña celeste” o por la muerte de las vírgenes rubias y surge la “azul melancolía” de la “Marcha fúnebre”, en esa variedad del color que ha estudiado Esturado Núñez.

El 20 de abril de 1942 llevamos al Cementerio General de Lima el cadáver de José María Eguren, muerto el día anterior. Desde una casa —pequeña y tímida como él— situada en el Jirón San Jacinto, frente a una vieja línea de

tren por la que sólo transitaba ya la fantasía, partió el cortejo, mientras nos seguían “a la sordina, peregrinos y lacayos y con sus caparazones los acéfalos caballos”. “En las luces otoñales” se levantaba plañidera “la carroza delantera”. —Cómo gimió ese día el “melodioso parabobo”!— En medio de ese emocionado conjunto de amigos que depositaron sus frágiles restos en la tierra, surgía, en un mediodía de ráfagas oscuras, la poesía de Eguren consubstanciada con el paisaje pálido de nuestra costa, con sus días de otoño, con sus plomizas lloviznas, sus canales “perlinos” en las nubes salobres, con su noches pardas “sin luceros”, con sus tier-nas bocacalles dormidas. Y también brotaba en aquel día de duelo el mundo de sus duendes y sus fantasmas, de sus de-formes juguetes, de sus “hoscós” reyes rojos. Allí termina un capítulo de la poesía peruana del siglo XX, muertos, al lado de Eguren, para siempre, los “rubios vampiros”, las “mariposas de corcho”, los “cazadores de figuras” y la niña amada de “la lámpara azul”.